

EL DEÁN MARTÍ Y EUROPA *

Pablo Pérez García

Universitat de València

LA figura de Manuel Martí Zaragoza (1663-1737), deán de la Colegiata de San Nicolás de Alicante, disfruta de una salud historiográfica envidiable, gracias no sólo a la cantidad, sino especialmente a la talla de sus estudiosos.¹ Su biografía y, muy particularmente, su vinculación con la cultura literaria europea de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII,² continúa sin embargo presentando zonas de penumbra y suscitando no pocos interrogantes.³ Celoso custodio de su gloria postrera, el Deán nunca opuso en vida una resistencia severa a que se representasen sus hazañas en el campo de la creación literaria, la erudición o la ciencia anticuaria. Su única condición fue ejercer un control “tartáreo” sobre los detalles y la factura misma de la obra. Apenas lo consiguió con la *Biblioteca Valentina* del trinitario José Rodríguez, “cacatorio de frailes, cosa indigna, fratérrima, aborto de una cabeza sin juicio”.⁴ Pero aprendió la lección. Los dos perfiles biográficos que siguieron al ensayo de Rodríguez fueron supervisados *ad unguem* por un Martí nada dispuesto a ventilar pormenores sobre su vida personal y, de hecho, pueden ser considerados genuinas “autobiografías”. El primero fue compuesto por el napolitano César Lorenzo Bolifón, hermano del superin-

* El presente estudio se enmarca dentro del proyecto de investigación titulado “La proyección europea de los ilustrados valencianos”, subvencionado por el *Plan valenciano de investigación científica, desarrollo tecnológico e innovación de la Generalitat Valenciana*, código GV 99-111-1-9.

¹ Aludiremos a todos ellos a lo largo de las páginas que siguen. Baste indicar ahora que el profesor Antonio Mestre Sanchis prepara una biografía actualizada del Deán que probablemente verá la luz dentro de escasos meses.

² Se trata de la etapa que Hazard bautizó como “crisis de la conciencia europea”. Paul Hazard, *La crise de la conscience européenne (1680-1715)*. París, 3 vols., 1935.

³ Hemos abordado la cuestión en el estudio titulado *El deán Manuel Martí Zaragoza (1663-1737): relaciones eruditas y patronazgo durante la crisis de la conciencia europea* (en prensa).

⁴ José Rodríguez, *Biblioteca Valentina*. Valencia, 1747. Como se sabe, la obra del trinitario fue editada parcialmente en vida de su autor, pero circuló manuscrita entre los eruditos valencianos hasta que, finalmente, pudo ser editada en 1747, enriquecida y actualizada con adiciones y notas de Ignacio Savalls.

tendente de rentas reales y salinas de la ciudad de Alicante Felipe Bolifón, el 1 de marzo de 1722, y apareció antepuesto a la edición de la elegía martiniana titulada *Apasterosis*.⁵ El segundo, mucho más extenso y completo, fue redactado por Gregorio Mayans entre 1732-1733 y se publicó como pórtico de la colección de cartas latinas del Deán –*Epistolarum libri duodecim*–.⁶

El valor histórico de la *Martini Vita* es incalculable. Junto con el propio epistolario latino y el castellano, editado en 1973 por Antonio Mestre,⁷ la biografía mayansiana de Martí constituye, no ya un filón, sino la veta misma donde continúan picando hoy en día sus estudiosos. Ahora bien, dicho esto, convendrá añadir a continuación que el trabajo biográfico de Mayans también resulta decepcionante en ocasiones. Aguijoneado por esa premura y esa pasión de publicar a ultranza tan mayansiana, D. Gregorio construyó un texto excesivamente fiel a las manías del anciano Deán: plúmbeo, redundante, un tanto acrítico y, sobre todo, plagado de lagunas que nadie mejor que él podría haber desecado, dada su familiaridad y semanal correspondencia con el erudito de Oropesa. Pero Mayans tenía prisa, mucha prisa. Arrebatado de juvenil pundonor tras haber visto rechazada su candidatura en las oposiciones a la pavorría de Leyes de la Universidad de Valencia (1729), D. Gregorio se inflamó de orgullo y pretendió demostrar su valía a base de prescribirse metas completamente irreales. Todas ellas apuntaban allende los Pirineos y perseguían hacerse un hueco en aquella prestigiosa República europea de las Letras donde moraban tantos españoles como ricos en el Cielo. Comprender las debilidades estructurales de la *Martini Vita* y la mies de erratas que el ciego Deán consiguió cosechar en la primera edición de los *Epistolarum libri* implica, pues, no desconocer que Mayans estuvo inmerso en un total de seis grandes trabajos y proyectos editoriales simultáneos entre 1731 y 1733: la redacción de las poco prudentes *Nova literaria ex Hispania* que aparecieron en el número de septiembre

de 1731 de las *Acta Eruditorum* de Leipzig, la edición lionesa de los *Tractatus academici* de Juan de Puga (iniciada en 1731, pero culminada en 1735), la publicación de los mayansianos *Epistolarum libri sex* dedicados al cardenal Fleury (Valencia, 1732), la composición y edición del *Orador cristiano* (1733), obra dedicada al confesor William Clarke, la impresión de la *Continuación de la Historia del P. Mariana* del trinitario José Manuel Miñana (La Haya, 1733) y, por último, la biografía y el epistolario latino de Martí, cuya gestación y parto corrieron parejos al ritmo editorial de los escritos del Dr. Puga.⁸

Nada mejor, en definitiva, que airear esta actividad vertiginosa y febril en pos de un prestigio que, de momento, nadie –salvo Martí– le reconoció, para dar cuenta de las penumbras que jalonan la *Martini Vita*. El Deán, por descontado, nunca quiso que se desvelase ni más ni menos que cuanto reseñó en sus brevísimas memorias –los llamados *apuntes autobiográficos*–⁹ o aquello que autorizó a hacer público en su correspondencia íntima con el de Oliva. Pero Mayans tampoco se esforzó mucho, a decir verdad, por desentrañar los “secretos” que sobre sí mismo custodiaba su anciano maestro, siquiera fuera en satisfacción de su propia curiosidad. Así pues, los interrogantes que suscita la *Vida de Martí* continúan hoy en pie. Presumimos que algunos podrían ser desvelados si aparecieran nuevos textos martinianos en el archivo ducal de Medinaceli –casa a cuyo servicio estuvo nuestro erudito poeta y anticuario durante los años de la Guerra de Sucesión–,¹⁰ o se localizase el documento de la pesquisa que sobre Martí ordenó recopilar en 1715 el confesor real y máximo responsable de la Real Biblioteca, el P. Guillermo Daubenton,¹¹ fuentes ambas cuya búsqueda ha resultado infructuosa. Desafortunadamente, pues, no estamos en disposición de ofrecer novedades documentales sobre el Deán. Sólo podemos intentar administrar los caudales historiográficos previamente atesorados de modo que, más allá de las evidencias incontrovertibles, permitan entrever –siquiera a manera de hipótesis– la solución a muchas de las cuestiones que la biografía mayansiana dejó sin resolver.

⁵ Manuel Martí, *Apasterosis sive in Astrum Conversio*. Madrid, por Nicolás Rodríguez Francos, en 4º, 1722. El lector puede consultar su traducción en Fco. Jorge Pérez Durá, *Epistolario Manuel Martí, deán de Alicante, y Felipe Bolifón*. Alicante, Instituto de Estudios Alcantinos, 1979, págs. 65-72.

⁶ *Emmanuelis Martini, ecclesiae alonensis decani, Epistolarum libri duodecim* [...]. La primera edición, integrada por tres tomos, de los cuales el primero contenía la biografía del Deán o *Martini Vita*, fue publicada en Madrid, en las prensas de Juan de Zúñiga en 1735, y apenas tuvo una tirada de 300 ejemplares. La segunda, en dos volúmenes, fue publicada en 1738 por los impresores de Amsterdam J. Wetstenium y G. Smith, precedida de una breve introducción de Wesseling. De esta obra extrajo Christian Gottlieb Jöcher la información que sobre Martí podemos hallar en las ediciones de 1751 y 1813 de su *Allgemeines Gelehrten Lexicon*. En nuestras citas de los *Epistolarum libri XII* utilizamos la edición de 1738.

⁷ Gregorio Mayans y Siscar, *Epistolario III. Mayans y Martí*. Valencia (transcripción, notas y estudio preliminar de Antonio Mestre), Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, nº 5, 1973. En lo sucesivo citaremos esta obra como *Epistolario III*.

⁸ Todos estos extremos pueden seguirse cumplidamente en Antonio Mestre Sanchis, *Don Gregorio Mayans y Siscar, entre la erudición y la política*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, págs. 78-97.

⁹ Luis de Ontavilla (pseudónimo de Pascual Boronat), *El deán Martí. Apuntes bio-bibliográficos, precedidos de una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Danvila y Collado*. Valencia, 1899.

¹⁰ Luis Gil, “La España de Felipe V vista por el deán Martí”, en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez. Tomo III. Estudios Históricos*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, págs. 279-280.

¹¹ Luis García Ejarque, *La Real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)*. Madrid, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1997, pág. 42.

EL JOVEN MARTÍ: NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

Casi todo cuanto sabemos sobre los primeros veintidós años de la vida de Martí se reduce a sus estudios, maestros y actividades literarias. De su familia y su medio social originario conocemos muy poco. En los *apuntes biográficos*, sólo consta el lugar y fecha de su nacimiento –Oropesa (Castellón), 19 de julio de 1663–, así como los nombres de sus padres, José Martí y María Zaragoza, *honestos y muy conocidos y respetados en todo aquel contorno*.¹² Más tarde el Deán aclararía a Mayans que su padre era natural de Oropesa y su madre de Torreblanca.¹³ Y D. Gregorio, por su parte, añadió: *ambos asaz acomodados por su hacienda familiar y los ingresos de las rentas del campo y los rebaños, que mantenían holgadamente el decoro y la dignidad de la casa*.¹⁴ ¿Acaso poseía Mayans otras fuentes de información sobre su biografiado? Desde luego no parece que Martí fuese muy locuaz en lo tocante a su entorno familiar. Sin embargo, D. Gregorio había coincidido en Salamanca con uno de los hermanos del Deán y es harto probable que José Martí comunicase a su paisano muchas de las consabidas referencias familiares.¹⁵ Aunque la cuestión nunca fue abordada en la correspondencia Martí-Mayans, todo invita a pensar que el Deán tuvo, al menos, cuatro hermanos: José, Juan, José Manuel¹⁶ y una hermana, cuyo nombre desconocemos y que, al parecer, debió contraer matrimonio con Marco Antonio Ortiz.¹⁷ Más aún, del contexto de una carta dirigida por el Deán a sus hermanos varones parece desprenderse que su padre enviudó de D^a María Zaragoza y contrajo segundas nupcias con quien debió ser la madre de sus tres –en realidad– hermanastros: [...] *se me adjudica el famoso algarrovar donde está el corral de ganado, siendo así que no tengo yo derecho a él, ni puede recaer en mí, por ser bienes de v[ue]stra madre*.¹⁸ Tal vez este virtual segundo matrimonio de D. José Martí esté relacionado de alguna ma-

nera con ciertas dispensas matrimoniales a las que se alude en una carta remitida por el Deán a su padre en julio de 1691.¹⁹

Sea como fuere, está por determinar si D. José Martí fue exclusivamente un rico propietario rural y hacendado ganadero, o si –como, por otra parte, no sería extraño– mantuvo otro tipo de ocupaciones –mercantiles, por ejemplo– o desempeñó cargos públicos en el consistorio de Oropesa. De poderse documentar, este último aspecto permitiría reinterpretar en un sentido política y socialmente más profundo las sentidas consideraciones del Deán sobre los infortunios que se abatieron sobre su casa a mediados de 1707 como consecuencia del avance de las tropas borbónicas: *Pues, ¿adónde podría dirigirme? ¿Qué imagen divina abrazar tras haber sido arrancada mi familia de sus lares, sus bienes en parte substraídos, en parte arruinados y –lo que es mucho más triste– tras la destrucción de la patria?*²⁰ Parece evidente, en cualquier caso, que la familia Martí gozaba de una posición lo suficientemente desahogada como para permitirse costear los estudios universitarios de dos de sus hijos al menos: primero de Manuel en Valencia y Roma, y, después, de José en Salamanca. La escrupulosidad cronológica de Mayans nos permite seguir muy de cerca las etapas sucesivas de la carrera académica del futuro deán de San Nicolás de Alicante. Estuvo bajo la tutela de sus padres en Oropesa desde su nacimiento hasta 1669. A finales de este año fue enviado a casa de su abuela materna en Torreblanca donde aprendió a leer y escribir. Apenas cumplidos diez años de edad, marchó a Castellón de la Plana (1673) para recibir los tres cursos preceptivos de latinidad de manos del *famoso maestro de Gramática* Miguel Falcó, *cuyo nombre era celeberrimo en aquellos tiempos por haber reformado un tanto las instituciones corrientes de Gramática con la edición de un Compendio de Sintaxis, opúsculo ciertamente ligero, pero en el que se puede alabar como mérito el haber seguido en general la doctrina de Francisco Sánchez de la Brozas, el príncipe de los gramáticos*.²¹ Muy gratificante hubo de ser aquel trienio castellonense cuando el Deán, meses antes de producirse su fallecimiento, obsequió a los Justicia y Regidores de aquella ciudad con un ejemplar de sus *Epistolarum libri XII*, añadiendo en la carta que acompañaba al ejemplar: [...] *teniendo yo tan recientes en mi memoria y gratitud los singulares favores que deví a essa nobilissima villa en el tirocinio de mis primeros estudios (lo que ha engendrado en mí un amor indeleble)* [...].²²

Transcurrido el verano de 1676, Martí se traslada a Valencia y se matricula en la Facultad de Artes del *Estudio General*. El futuro deán, que enton-

¹² Luis Gil Fernández, “Los apuntes autobiográficos del deán Martí”, en *Estudios de humanismo y tradición clásica*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984, pág. 279.

¹³ Martí a Mayans (19-VI-1733), en *Epistolario III*, pág. 303.

¹⁴ Gregorio Mayans y Siscar, *Emmanuelis Martini, ecclesiae alonensis decani, Vita* [...]. Valencia (estudio preliminar, edición bilingüe y comentario de Luis Gil Fernández), Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Serie Menor, III, 1977, págs. 55 y 57. En lo sucesivo citaremos esta obra como *Martini Vita*.

¹⁵ En la primera epístola de Mayans a Martí ya figura una mención a su hermano José: [...] *supliqué a tu hermano José, joven extraordinario, que te enviara estas modestas cartas* [...]. Mayans a Martí (2-XII-1720), en *Epistolario III*, pág. 4.

¹⁶ Martí a José, Juan y José Manuel Martí (2-III-1726), en *Epistolario III*, págs. 422-424.

¹⁷ Martí a Marco Antonio Ortiz (23-II-1725), en *Epistolario III*, pág. 422.

¹⁸ Martí a José, Juan y José Manuel Martí (2-III-1726), en *Epistolario III*, pág. 423.

¹⁹ Martí a José Martí (22-VII-1691), en *Epistolario III*, pág. 420.

²⁰ L. Gil, “La España de Felipe V [...]”, pág. 281.

²¹ *Martini Vita*, pág. 57.

²² Martí a los Justicia y Regidores de Castellón de la Plana (22-X-1735), en *Epistolario III*, pág. 443.

ces contaba trece años de edad, recibió las enseñanzas del maestro en Artes Vicente Esteve durante un trienio completo.²³ A comienzos del curso 1679-1680, Manuel Martí estaba, pues, en disposición de iniciar estudios de Teología Escolástica, un ciclo que nunca llegaría a concluir y que abandonó en un momento indeterminado del ciclo académico 1682-1683.²⁴ Entre sus profesores de aquella etapa destacaron los teólogos valencianos Marcelo Marona y Antonio Prats, el castellanense Juan Bautista Escuder y el aragonés Francisco Milá de Aragón.²⁵ A punto de cumplir –o recién cumplidos– veinte años, Martí se sentía mucho más atraído por la bulliciosa vida mundana, musical y literaria de la Valencia de finales del siglo XVII que por las aburridas clases de la Universidad. En realidad, el joven Manuel Martí ya había entrado en contacto con la rutilante atmósfera de las academias valencianas al tiempo de iniciar sus estudios de Teología. Ya fuera gracias al ascendiente de su padre, de algún familiar o amigo, o a la brillantez de su precoz estro poético, lo cierto es que Martí quedó pronto vinculado a la llamada *Academia del Parnaso*.²⁶ Junto con la más conocida y famosa *Academia del Alcázar*, el *Parnaso* había comenzado su andadura a comienzos de la década de 1680. A juicio de Pasqual Mas, ambas academias –así como las que irían constituyéndose hasta comienzos del XVIII– representaron un importante hito dentro del academicismo valenciano del Barroco.²⁷ Sus reuniones periódicas –de asistencia obligatoria, en algunos casos–, la estructura jerárquica de sus cargos, el diseño de áreas temáticas bajo la directa responsabilidad de los académicos llamados “superintendentes”, la organización de homenajes –como el que el Alcázar dispensó al dramaturgo Pedro Calderón de la Barca el año de su fallecimiento–²⁸ y de actos públicos, sus veladas poéticas y musicales, y su gusto por las representaciones teatrales supusieron, sin duda, un paso hacia adelante respecto de sus precedentes, menos regulares, menos especializadas y con una proyección sustancialmente menor sobre la sociedad valenciana de la época.

La *Academia del Parnaso*, a la que también perteneció Pedro Vallterra y probablemente el inquisidor Juan de la Torre Guevara,²⁹ fue un círculo

²³ Siendo todavía profesor de Filosofía de Martí entre 1676 y 1679, Vicente Esteve opositó y ganó una cátedra de Filosofía Tomista en la Universidad de Valencia (7-V-1678). Amparo Felipo Orts, *La Universidad de Valencia durante el siglo XVII (1611-1707)*. Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria d'Educació i Ciència, Col·lecció Fonaments, nº 4, 1991, págs. 324 y 411.

²⁴ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 280; *Martini Vita*, pág. 59.

²⁵ Amparo Felipo, *La Universidad [...]*, págs. 347-348 y 433 (Marona); 366-367, 410 y 437 (Prats); 323 y 448-449 (Escuder); 353 y 432 (Milá).

²⁶ *Martini Vita*, pág. 61.

²⁷ Pasqual Mas i Usó, “Academias valencianas durante el Barroco”, en Evangelina Rodríguez Cuadros (ed.), *De las academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*. Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 1993, especialmente págs. 201-224.

²⁸ *Ibidem*, pág. 206.

²⁹ *Ibidem*, pág. 201; *Martini Vita*, pág. 61.

cultural orientado esencialmente hacia el cultivo de lo que podríamos llamar las “artes escénicas” –poesía, música, teatro–, de tal manera que Pasqual Mas no ha dudado en calificarla como un claro paradigma de academia “azarzuelada” o “teatralizada”.³⁰ Este “espíritu parnasiano” permite comprender adecuadamente la orientación poética y teatral de las primeras producciones martinianas que Mayans pudo conocer, en parte gracias al propio Martí,³¹ en parte a través del manuscrito del padre José Rodríguez.³² El de Oliva, pudibundo en exceso y cargado de prejuicios sobre la música y su “sensualidad”, no parece que creyera a su anciano correspondiente cuando éste afirmaba haber compuesto algunas zarzuelas en su juventud.³³ Por el contrario, no se hurtó de precisar con cierto énfasis el título de cuatro comedias juveniles que, quién sabe si *se representaron en los teatros con gran aplauso*,³⁴ o si, más bien, se leyeron en forma dramatizada en alguna de las reuniones del *Parnaso*. Hacia 1682, tras haber puesto a prueba sus dotes literarias en la composición de un sinfín de poemas líricos,³⁵ el futuro Deán dio forma a dos textos de gran formato: una silva titulada *Soledad* en que imitaba la primera de D. Luis de Góngora,³⁶ y veinticuatro elegías latinas de temática naturalista tituladas *Amalthea Geographica sive De rerum copia*.³⁷ Ignoramos si la *Gigantomaquia, poema heroico en octava rima dividido en cuatro libros*, fue compuesta antes o después.³⁸ De lo que no parece caber la menor duda es de que las *Décimas sobre la brevedad de la vida y sus desengaños* corresponden a otra etapa –indeterminada

³⁰ P. Mas, “Academias [...]”, págs. 201-202 y 209.

³¹ L. Gil, “Los apuntes [...]”, págs. 280-281.

³² El juicio de Martí sobre la misma –no exento, seguramente, de antipatía personal– ha sido ya comentado. Martí a Mayans (1-VIII-1732), en *Epistolario III*, pág. 263.

³³ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281.

³⁴ Se trataría de las tituladas *Amar y no amar a un tiempo, ¿Qué más infierno que amor?, Tener de sí mismo celos y Ulises y Penélope*, alguna de las cuales bien podría haberse representado en forma cantada. *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

³⁵ Es posible, como apunta Mayans, que la composición de alguno de ellos se remontase a su estancia en Castellón. *Martini Vita*, pág. 63. Bien parece, desde luego, que el recuerdo de su iniciación a la poesía por el maestro Falcó hizo que el joven Martí, con 18 años de edad, remitiese al gramático de Castellón varias composiciones. Dos de ellas fueron editadas en la *Falconis Castalia* (Valencia, 1682). Luis Gil Fernández, “El círculo romano del deán Martí y sus corresponsales extranjeros”, en Jordi Pérez i Durà - José María Estellés (eds.), *Los humanistas valencianos y sus relaciones con Europa: de Vives a Mayans*. Valencia, Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Valencia, 1998, págs. 153-155.

³⁶ *Soledad* recibió la aprobación del inquisidor Juan de la Torre Guevara y fue editada en 4º por Francisco Mestre (Valencia, 1682). *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

³⁷ Compuso Martí *Amalthea Geographica* a la edad de 18 años, pero no la editó hasta haberse instalado en Roma [por Domenico Antonio Ercole, 1686, en 8º], lo que invita a pensar que, tal vez, utilizara esta obra como tarjeta de presentación ante los cenáculos literarios de la Ciudad Eterna. *Martini Vita*, págs. 63 y 293.

³⁸ L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281; *Martini Vita*, págs. 61 y 293.

da— de la vida de Martí.³⁹ Nuestro joven no sólo jugaba con el amor en sus comedias y finalmente acabó enredado en sus entresijos. Requerido por una *conocida dama ¿casada?, se puso a salvo en la [Universidad] de Huesca [...] hasta que, apagado el ardor de la mujer arrebatada por la insana pasión, pudo regresar con seguridad a Valencia.*⁴⁰ No parece improbable que durante aquella breve estancia en Huesca (¿1682-1683?), Manuel Martí adquiriese plena conciencia de la importancia del griego para el progreso de sus estudios.⁴¹ De este modo, instalado de nuevo en Valencia y habiendo llegado a sus manos un Hesíodo greco-latino procedente de la biblioteca de un tío suyo recientemente fallecido —¿el hermano de su madre?—, *aprendió a leer en griego, sin hacer caso de la pronunciación correcta.*⁴²

A estas noticias se reduce nuestro conocimiento de la infancia y juventud de Manuel Martí, hijo de una acaudalada familia de Oropesa, con raíces asimismo en Torreblanca, estudiante de Latín en Castellón de la Plana y de Filosofía y Teología en Valencia. De vocación literaria temprana, la aridez del currículo teológico le empujó hacia los cenáculos y las academias finiseculares. Allí pudo dar rienda suelta a sus inquietudes poéticas y a su gusto por el teatro y la música. Disfrutó de los placeres de una vida mundana —es posible que demasiado, incluso—, fue aplaudido por su inspirado ingenio y pudo relacionarse con la buena sociedad valenciana.⁴³ Las *Academias del Parnaso* y del *Arcángel* no sólo le encandilaron por el fasto de sus representaciones barrocas; también sembraron en su espíritu ansia de novedades e inquietud por las “artes provechosas”, como la política y la historia.⁴⁴ En sus sesiones pudo Martí impregnarse del aperturismo y del europeísmo que en aquellos momentos comenzaba a cundir en España como resultado, tanto de la emergente bonanza económica, cuanto de la crisis colectiva provocada por el enfrentamiento traumático con la Francia de Luis XIV y la conciencia inequívoca del atraso científico, social y económico del país.⁴⁵ El

³⁹ Estas *Décimas*, aunque editadas, lo fueron sin indicación de lugar y fecha. Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid, tomo V (L-M), 1989, pág. 444, nº 3.067.

⁴⁰ *Martini Vita*, pág. 63.

⁴¹ Luis Gil ha observado que, en sus notas autobiográficas, el Deán no alude en ningún momento al magisterio de los helenistas Gaudencio Xenach y Matías Domingo, catedráticos de la Universidad de Valencia durante la última etapa de los estudios teológicos de Martí. L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281 [nota 13].

⁴² *Martini Vita*, pág. 65.

⁴³ No deja de ser curioso que Mayans, narrando los pormenores de una velada literaria en la que el joven Martí improvisó unos versos, no aludiese a la figura del anfitrión de la misma, D. Jaime Borrás —gobernador de Castellón y tal vez amigo de la familia Martí—, cuya identidad había precisado perfectamente el Deán en sus apuntes autobiográficos. L. Gil, “Los apuntes [...]”, pág. 281; *Martini Vita*, pág. 63.

⁴⁴ P. Mas, “Academias [...]”, pág. 206.

⁴⁵ Sobre el particular, véase François López, “Los *novatores* en la Europa de los Sabios”, en *Studia Historica-Historia Moderna*, 14 (Salamanca, 1996), págs. 95-111.

futuro Deán debió estudiar con ahínco durante el decenio 1676-1686. Pero, sin duda, lo hizo más fuera que dentro de la Universidad. Debió leer a los poetas latinos —¿Lucano?— y a los españoles de su siglo. Comenzó también a interesarse por la lengua griega y, al parecer, no tuvo otra guía que una edición bilingüe de Hesíodo. Y [...] *así, como no tuviese Martí en Valencia preceptor o consejero idóneo alguno que le guiase como de la mano por el camino más seguro de la verdadera gloria, decidió marcharse a Roma, en la esperanza de que en la ciudad principal del mundo habría de encontrar maestros adecuados para cualquier arte o ciencia.*⁴⁶

MARTÍ Y ROMA O LA HIPERBÓLICA METAMORFOSIS INTELECTUAL DE UN POETA

De nuevo, es forzoso confesar que la partida de Manuel Martí a Roma constituye un episodio mal conocido de la biografía del Deán. Ni siquiera sabemos con exactitud si Martí había cumplido o no veintitrés años cuando franqueó por vez primera las puertas de la Ciudad Eterna en 1686. Probablemente tenga razón Luis Gil al afirmar que *llegaba Martí a Roma con ganas de abrirse camino en la carrera eclesiástica y de hacerse un nombre en la República Literaria como poeta y erudito.*⁴⁷ Ciertamente, Roma era un magnífico lugar para medrar y nuestro joven literato estaba dispuesto a aprovechar cualquier ocasión que se le pudiera brindar. Martí continuaba dependiendo económicamente de su familia y, al parecer, debió seguir haciéndolo —siquiera parcialmente— hasta 1691.⁴⁸ No parece que el valenciano inscribiera de momento su nombre en los libros de matrícula de la *Sapienza*, universidad donde se doctoró antes de abandonar Roma en 1696.⁴⁹ Antes bien, su estrategia durante sus primeros meses romanos —si es que de estrategia puede hablarse— semeja un calco de su trayectoria valenciana entre 1680 y 1686. Martí, en efecto, parece haber conducido al unísono sus estudios extra-universitarios de literatura clásica —que amplió al cultivo de lenguas modernas, como el italiano y el francés—,⁵⁰ la frecuentación de librerías y cenáculos literarios romanos, y la edición de sus composiciones poéticas. Con su estilo ditirámico característico, Mayans nos hace seguir el hilo de los geniales progresos del futuro deán en el dominio de las len-

⁴⁶ *Martini Vita*, pág. 65.

⁴⁷ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 155.

⁴⁸ Al parecer, el procedimiento utilizado por D. José Martí para hacer llegar el dinero a su hijo consistía en remitirle letras de cambio contra determinados mercaderes romanos. Así se desprende de uno de los párrafos de la carta remitida por el joven Manuel a su padre el 22-VII-1691. *Epistolario III*, pág. 419.

⁴⁹ *Martini Vita*, pág. 97.

⁵⁰ *Ibidem*. págs. 67-69.

guas griega y hebrea,⁵¹ alude a la tempranísima edición romana de *Amalthea Geographica* (1686) y nos informa de su ingreso en la llamada *Academia de los Infecundos*,⁵² círculo poético de marcado carácter eclesiástico al que pertenecieron algunos prelados y príncipes de la Iglesia, y donde Martí sobresalió con sus composiciones italianas, probablemente dedicadas a la Virgen.⁵³ Con todo, aquel joven prometedor todavía iba a tardar algo más de un año en hacer valer su ingenio y en hallar el apoyo que necesitaba para el progreso de su carrera.

No deja de resultar sorprendente, en este orden de cosas, que ninguno de los estudiosos de la biografía martiniana haya aludido jamás a un acontecimiento que tenía conmovida a Roma —no menos que a Valencia— precisamente cuando el joven Martí comenzaba su lucha por hacerse un hueco entre la intelectualidad romana. Nos referimos a la condena inquisitorial de Miguel de Molinos, clérigo nacido en Muniesa (Teruel), aunque universalmente considerado como valenciano debido a su formación y largos años de residencia en la ciudad del Turia, al beneficio de que disfrutaba sobre la parroquia valenciana de San Andrés y a su designación por los estamentos valencianos como agente de la causa de beatificación del venerable Francisco Jerónimo Simó.⁵⁴ Aunque ignoramos qué impacto pudo tener el *affaire* Molinos sobre Martí, el procesamiento del célebre místico —denunciado ante el Santo Oficio romano por el cardenal César d'Estrées en 1685—, su condena, abjuración y prisión perpetua en septiembre de 1687, y la censura lanzada por Inocencio XI contra el quietismo molinosista en su bula *Coelestis Pastor* (XI-1687), no parece que fueran —en principio— circunstancias muy favorables para las expectativas inmediatas del joven compatriota del herético maestro espiritual.⁵⁵ Nada hay —ni en los *apuntes autobiográficos*, ni en la *Martini Vita*— que permita valorar qué peso pudo tener la condena de Molinos en la presentación de Martí ante la sociedad romana. Sin em-

⁵¹ *Ibidem*, pág. 67.

⁵² Con anterioridad a su ingreso en los *Infecundos* —hecho que debió producirse hacia 1687— Martí compuso unos *Fasti Romani veteres* en versos elegíacos a imitación de Ovidio. Tras su adscripción a la academia, compuso unas *Elegiarum Decas ad Camillam*. Estas decenas de elegías agradaron sobremanera al francés —y tal vez académico— Gabriel Juan Reginerio, autor de ciertas *Epístolas amatorias a Licoris*. Reginerio compuso una extensa epístola laudatoria sobre el genio poético de Martí, que probablemente constituyó el primer gran triunfo literario del joven valenciano en Roma. *Ibidem*, págs. 69, 297 y 299.

⁵³ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 156.

⁵⁴ Emilio Callado Estela, *Devoción popular y convulsión social en la Valencia del Seiscientos. El intento de beatificación de Francisco Jerónimo Simó*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2000, especialmente, págs. 245-262.

⁵⁵ Sobre Molinos y el molinosismo, véase Paul Dubon, *Le quietiste espagnol Michel Molinos (1628-1696)*. París, 1921 y Ignacio Tellechea Idigoras, “Molinos y el quietismo español”, en VV.AA., *Historia de la Iglesia en España*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, vol. 4, 1979, págs. 484 y ss.

bargo, su origen valenciano y los dicerios contra el molinosismo lanzados por su gran amigo Gian Vincenzo Gravina desde las páginas de su *Hydra mistica*, permiten sospechar que nuestro joven humanista, de una manera u otra, no debió quedar al margen del escándalo.⁵⁶

Sea como fuere, la oportunidad que había estado buscando no tardó demasiado en presentarse. En el otoño de 1687 una avenida del río Tíber asoló parcialmente la ciudad de Roma. Preso de encendida inspiración, Martí compuso un extenso poema latino a imitación de Estacio Papinio, y lo tituló *De Tyberis Alluvione Sylva*.⁵⁷ Concluida la pieza, se apresuró a publicarla, anteponiéndole una elogiosa dedicatoria al cardenal José Sáenz de Aguirre (1630-1699).⁵⁸ Luis Gil ha relacionado al prelado logroñés con la *Academia de los Infecundos*.⁵⁹ No es improbable, pues, que Martí hubiese sido presentado al cardenal antes de decidirse a solicitar su protección por medio de esta socorrida postulación entre los hombres de letras. Y a porfía que lo consiguió. *Admirado este prudentísimo cardenal del talento y de la erudición superior a su edad del joven, le rogó que aceptara vivir en su casa para encargarse de su biblioteca con el título honorífico de comensal: título éste que es el más alto en Roma en las casas de los cardenales y los príncipes*.⁶⁰ La amistad y patronazgo de Aguirre resultaron —nadie lo ignora— cruciales para el futuro social e intelectual de Martí en Roma. Convertido en bibliotecario del cardenal y relator del Santo Oficio romano, nuestro joven comenzó a disfrutar de la protección y acomodo que había estado buscando, y pudo ocuparse de su formación e inquietudes con cierto sosiego.⁶¹ José Sáenz de Aguirre, logroñés de nacimiento, benedictino y censor de su orden, prefecto de estudios del monasterio de San Vicente y catedrático de teología escolástica del Colegio de Santo Tomás de Salamanca, pertenecía —al igual que los PP. Martín Sarmiento y Benito Jerónimo Feijoo— a la Congregación de Valladolid que tan estrechos contactos mantenía con los monjes maurinos de Saint-Germain-des-Près.⁶² Aguirre había estudiado

⁵⁶ Sobre el contenido y finalidad de la *Hydra mistica* de Gravina, véase Françoise Waquet, *Le modèle français et l'Italie savante. Conscience de soi et perception de l'autre dans la République des Lettres (1660-1750)*. Roma, École Française de Rome, 1989, pág. 190.

⁵⁷ Sobre los valores literarios de la poesía latina del Deán, véase Jordi Pérez Durà, “Tres aspectos de la poesía latina de Manuel Martí”, en *Primer Congrès d'Història del País Valencià*. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, tomo III, 1976, págs. 579-588.

⁵⁸ Editada en Roma por Juan Jacobo Komarech en tamaño 4º, año 1688.

⁵⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 156.

⁶⁰ *Martini Vita*, pág. 71.

⁶¹ Luis Gil ha señalado que el nombramiento de Martí como relator inquisitorial por parte del cardenal Girolamo Casanate (1620-1700), presidente de aquella congregación, se debió a los buenos oficios de Aguirre. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁶² Sobre el particular y, en especial, sobre Aguirre, véase Michel Dubuis, *L'Espagne de Saint-Maur. La Congrégation de Valladolid dans le mouvement érudit entre 1670 et 1790*. París, Tesis Doctoral, Université de Paris IV, 1982.

con verdadera pasión el *Specilegium* de dom Luc d'Achéry y *De re diplomatica libri sex* de dom Jean Mabillon. Contagiado por aquellas lecturas, el antiguo teólogo y comentarista de la *Ética* de Aristóteles –como tantos otros intelectuales del XVII– acabó transformándose en historiador. Entre 1679 y 1681 editó las obras de San Anselmo y, en 1686, poco después de su promoción al cardenalato como recompensa por su *Defensa de la Santa Sede contra las declaraciones del clero galicano* (1683), hizo público su proyecto de editar las actas de los concilios españoles e indios en su breve *Notitia Conciliorum*, una empresa que enlazaba con la historiografía conciliar española del siglo XVI, representada por el cardenal Gaspar de Quiroga y el obispo Juan Bautista Pérez.⁶³

Aguirre buscaba en Martí al colaborador abnegado y meticuloso que aquel proyecto descomunal precisaba, pero nuestro joven helenista halló en el cardenal el estímulo necesario para una extraordinaria metamorfosis intelectual: su evolución desde el terreno de la literatura y las humanidades al campo de la erudición histórica y literaria. El prelado y su bibliotecario, por supuesto, no siempre estuvieron de acuerdo.⁶⁴ Aun así, la colaboración entre ambos resultó ser extremadamente fructífera, pues no en vano engendró dos ediciones tan cruciales para la cultura española del siglo XVIII como la *Collectio maxima Conciliorum omnium Hispaniae et Novi Orbis* (Roma, 1693-1695)⁶⁵ y la *Bibliotheca hispana vetus* (Roma, 1696) de Nicolás Antonio, celeberrimo polígrafo sevillano fallecido en 1684 e íntimo amigo del cardenal Aguirre. Pero la biblioteca romana del prelado benedictino no sólo fue un lugar de trabajo. También fue virtual centro de operaciones de nuestro joven erudito y lugar de encuentro de intelectuales y religiosos –muchos de ellos antijesuitas confesos– que simpatizaban con el cardenal. El futuro deán de Alicante demostró poseer en aquella época una energía inusitada. Al mismo tiempo que ordenaba las fichas de Aguirre, acopiaba materiales nuevos y revisaba pruebas de imprenta, Martí tuvo la oportunidad de estudiar a los grandes de la filosofía moderna –Bacon y Gassendi, especialmente–, de beber en las fuentes del escepticismo a través de Sexto el Empírico, de profundizar en el conocimiento de los maestros de la crítica histórica y literaria –desde Escalígero hasta Mabillon– y de con-

⁶³ Antonio Mestre Sanchis, “Reflexiones sobre el marco político y cultural de la obra del P. Feijoo”, en *Bulletin Hispanique*, nº 91 (Bordeaux, 1989), págs. 297-298.

⁶⁴ Particularmente en lo tocante a las tradiciones jacobeanas, que el benedictino admitía sin pestañear, mientras Martí desdénaba como apócrifas. Antonio Mestre Sanchis, “Conciencia histórica e historiográfica”, en José M^a Jover Zamora (dir.), *Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXXI-I. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808). Parte Tercera. Ilustración, ciencia y religión. I.* Madrid, Espasa-Calpe, 1987. especialmente págs. 311-315.

⁶⁵ Editada originalmente en cuatro volúmenes, reeditada en Roma en 1753, y, posteriormente, en Madrid en 1781 y, de nuevo, en 1785.

tagiarse del agustinismo y del “filojansenismo” que unía a los amigos del cardenal.⁶⁶

El veterano cardenal Girolamo Casanate (1620-1700) pudo ser uno de los contertulios de Sáenz de Aguirre que mayor trato de favor dispensó al joven Martí. A él debió el de Oropesa su nombramiento como relator del Santo Oficio romano y el acceso a la Biblioteca Vaticana de la *Santa Romana Chiesa*, de la que Casanate había sido nombrado prefecto –o director– en el año 1693.⁶⁷ Aunque el anciano cardenal nunca escribió nada digno de ser reseñado, su prestigio intelectual fue extraordinario, no sólo en Italia, sino también en Francia. Durante más de veinte años (1678-1698) mantuvo correspondencia regular con el historiador francés Étienne Baluze. El autor de *Regnum Francorum Capitularia* (1677) y *Nova Collectio Conciliorum* (1683) mantenía informado al cardenal sobre las novedades editoriales francesas, le enviaba catálogos de libros comentados de su puño y letra, y le suministraba sistemáticamente publicaciones sobre historia de Francia y libros de controversia acerca del debatido problema de la Gracia.⁶⁸ Gran admirador del saber ultramontano y de la nueva ciencia crítica, Casanate se sirvió de la intermediación de Baluze para invitar a Italia a los maurinos Jean Mabillon y Michel Germain.⁶⁹ En 1697 acompañó al bolandista Conrad Jannink durante su visita a Roma y le comunicó su apoyo a la congregación de Amberes frente a la persecución de la Inquisición española.⁷⁰ La magnífica biblioteca reunida por el cardenal, tras su fallecimiento, quedó a cargo de los dominicos de *Santa Maria sopra Minerva*.⁷¹ Casanate, ciertamente, fue famoso por su bibliofilia; pero también lo fue por su antimolinismo, una posición que compartió con notables miembros de la Curia, como los cardenales Bottari, Fontanini, Noris o Passionei.⁷² Nada improbable resulta, pues, que nuestro Martí escuchase mordaces comentarios antijesuitas de labios de aquel prelado admirador de la ciencia moderna, del buen gusto y de la moral agustiniana, en un momento –el de la controversia jansenista– y en un ambiente –el círculo del cardenal Aguirre– decididamente contrario al aristotelismo, al casuismo, al laxismo y a la estética barroca, atributos –todos ellos– de la intelectualidad ignaciana.

No es fácil discernir qué tipo de relaciones mantuvo el joven Manuel Martí con el agustino Arrigo Noris (1631-1704), subordinado del cardenal Girolamo Casanate en su calidad de primer custodio de la Biblioteca Vati-

⁶⁶ Todos estos extremos, bien que cronológicamente desordenados, pueden seguirse a través del epistolario Martí-Mayans y de las páginas de la *Martini Vita*.

⁶⁷ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁶⁸ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 74.

⁶⁹ *Ibidem*, págs. 120 y 164.

⁷⁰ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 157.

⁷¹ *Ibidem*.

⁷² F. Waquet, *op. cit.*, pág. 186.

cana.⁷³ Según Gil, éstas, *con toda seguridad, no rebasaron el nivel de lo protocolario*.⁷⁴ Probablemente fuera así. Pero los elogios hacia Noris son tantos,⁷⁵ y las afinidades intelectuales e ideológicas tan grandes, que en principio no parece improbable que entre ambos existiese cierta simpatía, pese a los treinta años de edad que les separaban. Todo cuanto Martí admiraba, Noris lo personificaba: el dominio de la ciencia biblioteconómica, la erudición helénica, el saber histórico, el agustinismo moral e intelectual, y la gloria literaria dentro de la República de las Letras. En efecto, este antiguo catedrático de la Universidad de Pisa reciclado en historiador y bibliotecario, fue considerado como una de las figuras cumbre de la erudición italiana de su tiempo.⁷⁶ Los intelectuales franceses sentían un profundo respeto por la defensa sólida y brillante que Noris había hecho del pensamiento agustiniano en su famosa *Historia Pelagiana* (Padua, 1673), obra prohibida años después (1747) por la Inquisición española, y huésped de su índice expurgatorio hasta 1758.⁷⁷ Valérien de Bellefort, Pasquier Quesnel y Émery Bigot manifestaron en privado su admiración por Noris, y, poco antes de su fallecimiento, el *Journal des Sçavants* (1703) hizo un encendido elogio público de la exactitud histórica y elegancia literaria de sus trabajos.⁷⁸ El agustino —como se sabe— fue censurado por los jesuitas que le acusaban de propagar las doctrinas de Baius y Jansenio.⁷⁹ Desde su puesto de asesor del Santo Oficio, Casanate, sin embargo, no sólo consiguió frenar los ataques, sino que veló para que Noris dejara de ser inquietado, promoviendo al cardenalato (1695). Así pues, el flamante cardenal Noris abandonó la Biblioteca Vaticana en 1695, dejando libre el cargo de primer custodio, un puesto que de momento quedó vacante, pero por el que pronto acabarían compitiendo dos conocidos del joven Martí: Lorenzo Alessandro Zaccagni y Francesco Bianchini.⁸⁰ Pese a los escasos tres años de relación

⁷³ Noris había ingresado en la Biblioteca Vaticana en 1676 de la mano del papa Inocencio XI. Entre 1676 y 1691 fue custodio de la misma y, en 1692, fue designado primer custodio. El agustino llevaba, pues, un año al frente de su nueva responsabilidad cuando Casanate fue nombrado director de la Vaticana. L. Gil, "El círculo [...]", pág. 157.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 168.

⁷⁵ L. Gil, "Los apuntes [...]", págs. 306-307.

⁷⁶ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 41.

⁷⁷ L. Gil, "El círculo [...]", pág. 167.

⁷⁸ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 44 y 54-55.

⁷⁹ La controversia jansenista todavía era incipiente en Italia y no llegaría a su cénit hasta los años centrales del XVIII. La corriente agustiniana tuvo entonces a sus más activos representantes en las figuras de los PP. Noris, Bellelli y Ballerini. *Ibidem*, pág. 188.

⁸⁰ Zaccagni, también protegido de Casanate, fue el vencedor, siendo designado el 25-I-1698. L. Gil, "El círculo [...]", pág. 168. Tras el fallecimiento del cardenal, Lorenzo Alessandro Zaccagni fue promovido al puesto de prefecto de la Biblioteca Vaticana, mientras su cargo de primer custodio pasó a manos del benedictino Giovanbattista de Miro, amigo personal de Fabretti, Buonarroti, Bianchini, Gravina y Martí. Todos estos aspectos son constatables en

personal, el Deán siempre se manifestó orgulloso de haber conocido a uno de los historiadores más apreciados y prestigiosos de toda Europa, autor de algunos grandes monumentos de la erudición eclesiástica como *Cenotaphia Pisana Caii et Lucii Caesarum* (Venecia, 1681), *Annus et Epochae Syro-Macedonum, in vetustis Urbium Syricae Nummis praesertim Mediceis Expositae* (Florenca, 1689) o *Istorie delle Investiture delle Dignità Ecclesiastiche [...]*, editada póstumamente en Mantua en 1741.

El círculo romano del cardenal Aguirre nos conduce indefectiblemente hacia el universo rico y multiforme de los cenáculos literarios y eruditos de la Ciudad Eterna. Como sabemos, Martí había inscrito su nombre en la *Accademia de los Infecundos* a poco de llegar a Roma. Más adelante haría lo propio en la *Accademia de los Dogmas*, fundada en 1694, dedicada al estudio de la teología en su vertiente dogmática, moral y bíblica, y a la que también perteneció el cardenal Aguirre.⁸¹ Entre ambas experiencias, el joven valenciano tuvo la tremenda fortuna de participar en la fundación de la singularísima *Accademia de la Arcadia*.⁸² La *Arcadia* fue constituida en el Convento de los padres Reformadores de *San Pietro in Montorio* el 5 de octubre de 1690.⁸³ Aunque se la considera heredera de la *Accademia Real* de la ex-reina Cristina de Suecia,⁸⁴ la nueva institución tuvo desde sus orígenes una orientación nítidamente literaria que la distingue con claridad de su precursora. Bernardo Trevisano (1653-1730) afirmaba que la *Arcadia* era, sobre todas las cosas, una asociación de poetas contrarios al barroquismo imperante en aquellos momentos en Italia; de ahí que sus académicos gustasen adoptar nombres supuestos de pastores como símbolo de su culto a la sencillez.⁸⁵ Martí, por supuesto, también eligió el suyo —*Eumelo Olenio*— y llevó a cabo una intensa actividad creativa durante los seis últimos años de su residencia en Roma.⁸⁶ Pero la *Arcadia* fue mucho más que un

las cartas remitidas por Martí a de Miro (30-IX-1702) y a Zaccagni (3-X-1702), en *Epistolarum libri XII* (IV.II-III.354-359). Sobre Giovanbattista de Miro puede consultarse la obra de Gaetano Gasperoni, *Scipione Maffei e la Verona settecentesca. Contributto alla storia della cultura italiana*. Verona, Edizioni Valdonega, 1955, pág. 84.

⁸¹ L. Gil, "El círculo [...]", pág. 157.

⁸² L. Gil, "Los apuntes [...]", págs. 186-187; *Martini Vita*, págs. 75 y 77.

⁸³ Gaetano Compagnino - Giuseppe Savoca, "L'Accademia d'Arcadia e i suoi esordi", en *Dalla vecchia Italia alla cultura europea del Settecento*. Roma-Bari, Editori Laterza, 1979, págs. 43-76.

⁸⁴ La *Accademia Real* había sido creada en 1674 y quedó disuelta en 1689 tras el fallecimiento de su mentora. *Ibidem*, págs. 45-47.

⁸⁵ G. Gasperoni, *op. cit.*, pág. 89.

⁸⁶ José Luis Gotor, "Un Horacio español en la Arcadia romana", en *Atti del Convegno di Licenza (19-23. aprile, 1993)*. Roma, Edizioni Osanna Venosa, 1995, págs. 207-216. No debemos olvidar que una de las piezas poético-satíricas más divulgadas y traducidas del Deán, la *Oratio pro crepitu ventris* [Madrid, por Juan de Zúñiga, 1737], fue compuesta durante la primera estancia en Roma de Martí. *Martini Vita*, págs. 80-81.

taller de experimentación de la incipiente estética neo-clásica. Todos sus estudiosos han coincidido en destacar su aspiración unificadora, centralizadora y hegemónica de la cultura italiana durante la última década del XVII y primer tercio del XVIII.⁸⁷ Bajo el mandato de su primer presidente o custodio, Giovanni Mario Crescimbeni (1663-1728) –historiador, archivero del Apostólico de *Sant'Angelo* y autor, asimismo, de unas fundamentales *Notizie Istoriche degli Arcadi morti [...]* (Roma, 1720-1721)–,⁸⁸ la Arcadia estableció unas 40 “colonias” suyas en gran parte de Italia y alcanzó la portentosa cifra de 2.619 miembros.⁸⁹

Crescimbeni consiguió imponer sus criterios dentro de la docta institución, no sólo en el terreno de la estética, sino también en el de la proyección cultural e ideológica de la misma. Bajo su férula, la *Arcadia* acabó convirtiéndose en un verdadero faro cultural de los estados pontificios, en una academia articulada de manera jerárquica y vertical en la que el peso de la clerecía fue *in crescendo*, y en un movimiento cultural moderado e interclasista progresivamente alejado de las preocupaciones políticas y religiosas del momento.⁹⁰ Nada tiene de extraño, pues, que en su seno se produjesen dos tempranas crisis de las que en vano hallaremos huellas en la correspondencia del ausente Martí con sus amigos italianos. La primera se produjo entre 1703 y 1704, cuando Ludovico Antonio Muratori (1672-1750) –el pastor *Lamindo Pritanio*– hizo público su *Primi disegni della Repubblica letteraria d'Italia*. El célebre bibliotecario de Módena aspiraba a crear una verdadera academia nacional italiana –o *Repubblica letteraria de Italia*– mucho más participativa, igualitaria y sensible a la diversidad cultural de la Península que el “aparato de estado arcádico” de monseñor Crescimbeni. Muratori buscó el apoyo de intelectuales moderados como Fontanini, Lancisi o Passionei.⁹¹ Pensó, incluso, en que el prestigioso arcade Francesco Bianchini fuese el primer secretario-depositario de la nueva entidad. Sin embargo, tanto Crescimbeni como Bianchini se opusieron con todas sus fuerzas a la idea, desplegando una eficaz campaña disuasoria por toda Italia, para la que contaron, asimismo, con el apoyo de gran parte de las “colonias arcádicas”.⁹² La segunda se produjo en 1711 y, aunque provocada por el “despotismo crescimbéniano”, adoptó la forma de enfrentamiento estético y estilístico entre el *primo custode* romano y el acadé-

⁸⁷ Amadeo Quondam, “L'Istituzione Arcadia. Sociologia ed ideologia di un'accademia”, en *Quaderni Storici* (Urbino, 1973), págs. 389-438.

⁸⁸ Puede consultarse la biografía de Crescimbeni –arcádico pastor *Alfesibeo Cario*– en el *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana fondata da Giovanni Treccani, tomo XXX, 1984, págs. 675-678.

⁸⁹ A. Quondam, art. cit., pág. 392.

⁹⁰ *Ibidem*, págs. 419-424.

⁹¹ G. Compagnino - G. Savoca, “L'Accademia d'Arcadia [...]”, pág. 49.

⁹² F. Waquet, *op. cit.*, pág. 386.

mico napolitano Gian Vincenzo Gravina y sus seguidores –los poetas Rolli y Metastasio–, que abandonaron la Arcadia y decidieron fundar en 1714 la *Accademia dei Quirini*.⁹³ Manuel Martí, arcade fundador y –según sus propias palabras– co-autor del primer reglamento de la entidad,⁹⁴ quedó completamente al margen de aquellos acontecimientos,⁹⁵ una circunstancia que más pronto invita a contemplar al de Oropesa como un miembro “dócil” y de muy segundo orden dentro de la institución, máxime si consideramos su ingenuo y alborozado reencuentro con la academia en el año 1717.⁹⁶

Fuera cual fuese el verdadero estatus de Martí en el seno de la *Arcadia*, lo cierto es que los contactos y amistades que hizo entre sus académicos parecen haber sido cruciales para la nueva orientación de su carrera, y debieron acentuar la metamorfosis erudita que ya había comenzado a manifestarse en la misma. El valenciano, por supuesto, debió tener entonces la oportunidad de conocer a destacadas personalidades de la sociedad romana –príncipes de la Iglesia, aristócratas, canónigos, abades, profesores universitarios, doctores, abogados, burócratas, etc.–; pero aún está por demostrar si, más allá de lo protocolario y formal, Manuel Martí tuvo el eco y gozó del aprecio y del respeto que con tanto énfasis recoge la biografía mayanésiana. Porque, como iremos viendo a continuación, hay demasiados detalles que apuntan en un sentido contrario, y, más bien, parecen indicar que el Deán ofreció una versión exagerada de su peripecia mundana e intelectual en Roma. Muchos de sus supuestos amigos ocupaban cargos de responsabilidad política o académica en la ciudad, la Universidad de la *Sapienza* y la Curia. Consecuentemente, su interés por las cuestiones públicas y por la situación política nacional e internacional debió ser elevado. Aunque la *Arcadia* de finales del siglo XVII todavía puede ser considerada caja de resonancia y hasta mentidero político, los *apuntes autobiográficos* y el texto de la *Martini Vita* apenas dejan entrever esta dimensión de la vida romana de Martí. Antes al contrario, el Deán siempre quiso que su biografía enalteciese el rango intelectual de sus amistades italianas y, aunque no ocultaba sus contactos con personajes tan inquietantes como Gennaro Capellari, nunca tuvo deseos de airear episodios que, como su amistad con el ex-jesuita napolitano, podrían haberlo comprometido en España. Así pues, al reconstruir su paso por la *Arcadia*, Martí procuró resaltar, ante todo, la vertiente científica, literaria y anticuaria de su experiencia académica. En este segmento de su perfil biográfico, surgen personalidades tan destacadas de la vida roma-

⁹³ G. Compagnino - G. Savoca, “L'Accademia d'Arcadia [...]”, pág. 50.

⁹⁴ *Martini Vita*, pág. 75.

⁹⁵ De hecho, en su carta a Gravina de 31 de marzo de 1716, el Deán alaba las *Notizie* de Crescimbeni sin añadir comentario alguno sobre la célebre escisión acontecida en la Arcadia cinco años atrás. *Epistolarum libri XII* (I.VII.23).

⁹⁶ *Martini Vita*, pág. 209.

na del momento como el cardenal Gaspare Carpegna (1625-1714), bibliófilo y numismático, responsable de los cementerios y catacumbas romanas desde 1672, y miembro tardío de la *Arcadia*.⁹⁷ Entre los triunfos del prelado en el campo de la arqueología sacra se contaba el hallazgo del cuerpo de San Hilario en el cementerio de Callisto, cuyas reliquias serían depositadas en la iglesia de *Santa Maria in Cosmedin* en el año 1675.⁹⁸

Más directa y estrecha pudo ser, en principio, la relación que Martí sostuvo con Raffaello Fabretti (1620-1700), arcade como el valenciano, y custodio de las reliquias y de los cementerios romanos bajo las órdenes del cardenal Carpegna.⁹⁹ Pese a la gran diferencia de edad entre ambos, el anciano udinés y el joven valenciano tenían mucho en común. De hecho, cuando Martí vino al mundo en Oropesa, Fabretti se hallaba en España formando parte de la legación del cardenal Lorenzo Imperiale.¹⁰⁰ Su dilatada estancia en España (1655-1664) culminó con un importante viaje a París —donde tuvo oportunidad de conocer a Mabillon— y con su regreso a Roma, donde desempeñó sendos cargos como juez capitolino de apelaciones y auditor de la legación pontificia en Urbino, hasta que, finalmente, fue llamado al servicio del cardenal Carpegna en 1673.¹⁰¹ No parece que el udinés se ocupase de la gestión arqueológica y museística de los cementerios y reliquias paleocristianas de Roma más allá del año 1683.¹⁰² De ser cierto, pues, que Martí visitara “con frecuencia” las catacumbas romanas en compañía de Fabretti y de monseñor Ciampini, estas expediciones debieron realizarse cuando el célebre anticuario y epigrafista había abandonado ya sus ocupaciones como custodio de los cementerios.¹⁰³ Durante el largo decenio que ostentó esta responsabilidad, Fabretti se convirtió en uno de los arqueólogos, anticuarios y epigrafistas más reputados de toda Europa. El fruto de sus dilatados años de estudio fue su gran *chef d'oeuvre*: *Inscriptionum antiquarum quae in Aedibus Paternis asservantur: explicatio et additamentum* (Roma, 1699; reeditada en 1702), una soberbia ampliación de la obra de Grutter —con más de 4.600 nuevas inscripciones— que el Deán admiró profundamente. Lástima que el célebre epigrafista no llegara a conocer la opinión de su joven amigo, pues —de no existir un error en la datación de la carta— la única epístola conocida del Deán a Fabretti fue escrita casi dos años después de la muerte del erudito udinés.¹⁰⁴ En definitiva, no es impro-

bable que Martí exagerase su relación con Fabretti, puesto que, desde 1691, el epigrafista desempeñaba el delicadísimo cargo de Prefecto del Archivo Apostólico del *Castel Sant'Angelo*, donde además tuvo como coadjutor a Giovanni Mario Crescimbeni, circunstancias ambas que alguien tan celoso de su propia gloria como el Deán no hubiera dejado de airear de haber tenido información suficiente sobre las mismas.¹⁰⁵

Algo más intensas y estrechas pudieron ser las relaciones de Martí con el secretario particular y conservador de la biblioteca-museo del cardenal Carpegna, el florentino Filippo Buonarroti (1661-1733).¹⁰⁶ A juzgar por el texto de la carta que Martí le remitió desde Madrid el 26 de mayo de 1709, su viejo amigo bien pudo haberle enviado un ejemplar dedicado de sus *Osservazioni istoriche sopra alcuni medaglioni antichi* (Roma, 1698)¹⁰⁷ por mediación de Carlo Rinuccini.¹⁰⁸ Buonarroti había sido uno de los primeros miembros de la *Arcadia*: su sobrenombre, *Lico Mantineo*, ya aparece inscrito en 1690.¹⁰⁹ De su vasta erudición anticuaría y arqueológica constituyen buena prueba sus manuscritos *Corpus inscriptionum latinarum* (publicado en 1888) y *Corpus inscriptionum etruscarum* (editado en 1912), así como sus trabajos *Osservazioni sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro ornati di figure trovati nei cimiteri di Roma* (Florenia, 1716) y su suplemento a *De Etruria regali* del historiador inglés Thomas Dempster: *Ad monumenta etrusca operi dempsteriano addita, explicationes et coniecturae* (Florenia, 1723-1726). La rigurosa obra histórica del etruscólogo florentino recibió el espaldarazo de la ciencia francesa.¹¹⁰ Tres años después de que Martí abandonase Roma, Buonarroti se reincorporó a su ciudad natal, donde ocupó la Secretaría de Asuntos Religiosos de Toscana —la *Riformazioni*— por orden del gran duque Cosme III. No obstante, continuó adelante con sus estudios arqueológicos, y, en 1727, auspició la fundación de la *Accademia Etrusca de Cortona*, de la que fue su primer director.¹¹¹

La figura de Francesco Bianchini (1662-1729) es ciertamente incommensurable.¹¹² El célebre canónigo veronés era prefecto de la Biblioteca Ottoniana cuando él y Martí se conocieron en Roma a comienzos de la

¹⁰⁵ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXIII, 1993, pág. 740.

¹⁰⁶ *Ibidem*, tomo XV, 1972, págs. 145-147.

¹⁰⁷ Curiosamente, el editor de este estudio sobre las piezas más selectas del monetario del cardenal Carpegna, fue el mismo de quien Martí se sirvió para publicar su *Amalthea Geographica*, es decir, Domenico Antonio Ercole.

¹⁰⁸ *Epistolarum libri XII* (VII.1.1-6).

¹⁰⁹ L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 165.

¹¹⁰ F. Waquet, *op. cit.*, pág. 41.

¹¹¹ De los progresos personales e intelectuales de Buonarroti durante el primer tercio del XVIII no hay mención alguna ni en los escritos de Martí ni en su correspondencia con Mayans.

¹¹² Como puede comprobarse en la extensa biografía que figura en el *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo X, 1968, págs. 187-194.

⁹⁷ Su ingreso se produjo en 1695, tras haber adoptado el sobrenombre de pastor *Ermene Aliano*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 160.

⁹⁸ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XX, 1977, pág. 590.

⁹⁹ Como arcade, Fabretti ostentó el sobrenombre de pastor *Iasitheus*. L. Gil, “El círculo [...]”, pág. 165.

¹⁰⁰ *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXIII, 1993, pág. 739.

¹⁰¹ G. Gasperoni, *Scipione Maffei [...]*, pág. 80.

¹⁰² *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, tomo XXXIII, 1993, pág. 739.

¹⁰³ *Martini Vita*, págs. 91 y 93.

¹⁰⁴ Martí a Fabretti (19-IX-1702), en *Epistolarum libri XII* (IV.1.351-353).

década de los noventa.¹¹³ Bianchini fue un personaje tan notable y Martí un degustador de libros tan ávido, que casi podría afirmarse que su encuentro era inevitable. Sin embargo, el origen de su corta amistad debe remontarse aproximadamente al momento de ingreso de monseñor Bianchini en la *Arcadia*.¹¹⁴ Ambos pudieron llegar a congeniar pronto. De hecho, el bibliotecario personal del cardenal Pietro Ottoboni y el bibliotecario del cardenal Aguirre tenían más o menos la misma edad. Por esta razón, y por la enorme proyección italiana y europea del erudito veronés, cuesta entender por qué la relación entre ambos fue tan efímera, y por qué su nombre no aparece citado ni una sola vez en el epistolario Martí-Mayans. Más aún, la única carta conocida del Deán a Francesco Bianchini, fechada en Valencia el 7 de octubre de 1702,¹¹⁵ se halla demasiado próxima –cronológicamente hablando– a la legación del cardenal Barberini –de la que el veronés formaba parte a título de cronista– ante el rey Felipe V –a la sazón en Nápoles– como para no semejar más epístola postulatoria que genuina muestra de comercio intelectual.¹¹⁶ La jugada, sin embargo, no parece que volviera a repetirse en 1706, cuando Bianchini defendió con argumentos históricos los presuntos derechos de Felipe V sobre el Condado de Comacchio frente a la agresión conjunta de las tropas imperiales y las de la familia Este, operación militar cuya legitimidad patrocinaban los historiadores Benedetto Bacchini (1651-1721) y Ludovico Antonio Muratori.¹¹⁷ El célebre historiador y astrónomo tampoco aparece aludido, por último, entre las personalidades que Martí visitó o reencontró durante su segunda estancia en Roma (1717-1718).

De alguna manera, pues, la figura de Bianchini, árbitro de la cultura italiana de comienzos del XVIII y el más europeo de todos los intelectuales cisalpinos de su tiempo,¹¹⁸ ejemplifica hasta cierto punto la tremenda miopía de Martí sobre el escalafón interno de la República Literaria. Mucho admira pensar que el orgullo del valenciano –tal vez herido ante la inicial falta de respuesta a sus misivas– le impidiese cultivar la amistad con esta figura de talla universal que mantuvo estrechas relaciones con Magliabechi, Muratori, Trevisano, Manfredi, Galliani, Vallisneri, Zeno, Montfaucon, Leibniz, Flamsteed, Halley, Newton –con quien se entrevistó en tres ocasio-

¹¹³ L. Gil, “El círculo [...]”, págs. 168-169.

¹¹⁴ Lo que sucedió en marzo del año 1691, adoptando Bianchini el pastoril sobrenombre de *Selvaggio Afrodísio*. A. Quondam, art. cit., pág. 394.

¹¹⁵ *Epistolarum libri XII* (IV.IV.359-361).

¹¹⁶ Sobre los detalles de aquella legación y los orígenes de la relación entre Bianchini y la intelectualidad napolitana (monseñor Vidania, Giuseppe Valletta, Gianbattista Vico, Matteo Egizio, Domenico Ausilio, etc.), véase *Dizionario biografico degli italiani*, tomo X, pág. 189.

¹¹⁷ F. Waquet, *op. cit.*, págs. 386-387.

¹¹⁸ Buena prueba de ello son los elogios que la obra de Bianchini suscitó en el *Journal des Sçavants*, revista cultural de amplia difusión europea patrocinada por la Academia de Ciencias de París. *Ibidem*, págs. 54 y 137.

nes distintas–, con el historiador Cunningham y hasta con el exiliado rey Jacobo III Estuardo, que fue cofundador de la veronesa *Accademia degli Aletofili* (1684), miembro correspondiente (1699) y asociado (1706) de la *Académie des Sciences de Paris*, que viajó por Francia, Renania, Bélgica, Holanda e Inglaterra (1713-1714), que visitó la *Royal Society* (1714) y publicó varios trabajos científicos en su revista *Philosophical Transactions*, que hizo aportaciones significativas al debate matemático sobre las dimensiones del globo terráqueo (1712) y realizó conocidos experimentos científicos sobre óptica y electricidad (1715-1716) o que perteneció a la academia científica del cardenal Gualtieri (desde 1714). Pero lo verdaderamente sorprendente –máxime si consideramos las futuras inquietudes arqueológicas del Deán– es que Martí no perseverase en sostener correspondencia epistolar con quien fuera el fundador de la *Accademia degli Antiquari alexandrini* (1700), autor –asimismo– de *Istoria universale provata con monumenti e figurata con simboli degli antichi* (Roma, 1697) y *De Calendario, et Cyclo Caesaris, de Paschali Canone S. Hippolyti Martyris, Dissertationes duae* (Roma, 1703-1704), empresas –todas ellas– que valieron a Bianchini ser nombrado en 1703 *Presidente delle Antichità di Roma*, es decir, máximo responsable del patrimonio arqueológico de la Ciudad Eterna. Bianchini pudo iniciar así las primeras excavaciones sistemáticas del Aventino, del Palatino, del Palacio de Augusto y de la Via Apia, y proyectar el nonato *Museo de Antiquidades Sacras de Roma*, antes de ser nombrado secretario de la *Congregación para la Reforma del Calendario* en 1705.¹¹⁹

Tanto Fabretti como Buonarroti, Bianchini y el futuro arcade Giorgio Baglivi (1668-1707), joven médico de origen dálmata y catedrático de la *Sapienza*,¹²⁰ habían frecuentado las reuniones de la *Accademia Físico-Matemática* fundada en Roma por monseñor Giovanni Giustino Ciampini (1633-1698) el 5 de agosto de 1677. Quince años después, todos ellos volverían a coincidir en las sesiones de la *Arcadia*, donde Ciampini inscribió su nombre y fue rebautizado como pastor *Immone Oeio* (27-V-1691).¹²¹ Martí afirmaba haber mantenido una estrecha amistad con los cinco, e incluso sostenía poseer alguna carta del genial autor de *De praxi medica ad priscam observandi rationem revocanda libri duo* (Roma, 1696): *yo creí que había dexado en mi colección una epístola de Baglivo, para que constara de*

¹¹⁹ *Dizionario biografico degli italiani*, tomo X, págs. 187-194.

¹²⁰ Sobre Baglivi –discípulo de Marcello Malpighi (1628-1694), también arcade, catedrático de medicina teórica de la Universidad de Pisa, médico del papa Inocencio XII y defensor de la experimentación médica frente a los galenistas dogmáticos– puede consultarse el mismo *Dizionario biografico degli italiani*, en su tomo V (Roma, 1963), págs. 250-252, donde constan sus obras, su puesto como catedrático en la *Università della Sapienza*, su pertenencia a la *Arcadia* con el sobrenombre de *Epidauro Pircense* y el carácter precursor de su método anatómico-microscópico. Véase, asimismo, F. Waquet, *op. cit.*, págs. 191-192.

¹²¹ *Dizionario biografico degli italiani*, tomo XXI (Roma, 1978), pág. 140.